

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

PRIMERA PARTE.

A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JÓVEN LITERATO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

—
Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

—
Acabó su misión sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

—
Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

I.

—
Que el poeta, en su misión
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

—
Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Masgrata, sí, que la oración de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdió!

—
Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de hielo,
Fetidez y corrupción;

—
; Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
; Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

—
Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

1

A CALDERON.

• La venerable congregacion de sacerdotes naturales de esta villa puso aqui esta inscripcion, con permiso de Don Diego Ladron de Guevara, caballero de la orden de Calatrava y patron de esta capilla.
(Capilla de San Salvador. Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.)

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por la villa:
Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
—Aqui LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERON.—

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas;
A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español;
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra;

Aguila para volar
Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.
Aguila fué tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del dia.
Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oír
Al calor de sus hogares.

Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta:
Es fenix la voz que canta,
Aguila la inspiracion.

Si el águila ojos te da,
Te da el fenix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oídos habrá.

Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz á la memoria
DE DON PEDRO CALDERON.

Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca...!
O tal vez no le merezca
Tu ingenio, y nombre español.

En vez de tan vil lugar
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí.
En ese rincon inmundo
Para sarcasmo del mundo,
Te basta tu nombre á tí.

Que imbécil ó descuidada
La malignidad del hombre
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II.

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quisieran ver,
Pero cuando mas te miran,
Mas imposible ha de ser.
¡Su lumbre van á perder
Ojos que por tí deliran!

Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pié del
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
Digno Calderon, de tí,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz... triste memoria
DE DON PEDRO CALDERON.

TOLEDO.

I.

Negra, ruínosa, sola y olvidada,
Hundidos ya los piés entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada
Azotada del viento y del turbion.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pié de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

El sople abrasador del cierzo impío
Cinó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un rio
Una ciudad de escambros levantó.
Está Toledo allí —yace tendida
En el polvo sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este monton de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía...
Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces:
Una hora despues apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
Al través de los vidrios de colores
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un sér que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Fingiendo en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La trasparente figura
De un fantasma aterrador.
Entonces en su memoria
Se levantan confundidas

Una bruja, y una historia
De la santa religion,
Mientras en el polvo la frente
A la bruja, ó á María
Dirige indistintamente
Su sacrilega oracion.

Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño
El nombre de una hechicera
Con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
De un *saludador* infame,
El del redentor del mundo
En torpe amalgama vá.

La luna en tanto pasea
Cruzando el azul tranquilo,
Y los despojos blanquea
De tanta generacion:
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado,
Que alzó la mano del hombre
Del hombre para baldon.

Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ogival,
Cuyo color ceniciento,
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento
Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
A par de ruidosa orquesta,
Cantares que se levantan
Hasta los piés del Señor:
Sobre ella flota el perfume
Que la atmósfera embalsama,
Y en oblacion se consume
Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa
Al bramar del viento bravo,
Armonía misteriosa
En el templo se hace oír.
Es un cántico tremendo,
Ronco, vago, agonizante,
Una voz que está pidiendo
Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
Del terrible *miserere*,
Cuyo monótono canto
Miedo infunde al corazon:
Y en la bóveda rodando
Saliendo al aire flotante,
Al mundo va predicando
Una santa religion.

Y bajo la piedra helada,
De los hombres que murieron
Se oye la voz apagada
El triste salmo decir:

Y la campana sonora
Remedando en el aire
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II.

Duerme; oh Toledo! en la espumante orilla
De ese torrente que á tus piés murmura,
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,
Y calla por piedad á las naciones
Que yacen en su fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las hadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas
Prenda de tus señores opulentos:
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria
Vanos recuerdos de ayer:
Apenas hoy de esa historia
Nos queda un *Zocodover*,
U otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algun capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
Que avergüenzan un jardín,
Balcones y miradores;
Cristales son de colores
Los del Miramamolín.

Solo abierto hay un balcon,
Y es balcon del Sultan,
Y armados de alto lanzon
Ginetes debajo están
Por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas
Detrás de las celosías
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales días
No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicadas como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso zeloso el moro,
Tendió en sus ojos un velo,

Que es mas rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros
A lo mas ha remplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robóle el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III.

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
En que leer delectando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura:
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

EL RELO.

Es una verdad que parece sueño.

—
Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reló se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la estensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detrás;

Se fijan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
Porque se pierde despues.

¡Tremenda cosa es pasando
Oír entre el ronco viento,
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel
El són triste y compasado
De el reló, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo
De una eternidad emblema,
Que está como una anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un sér invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mucho
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reló:

Ya no hay cañas, ni torneos
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardín del Sultan.

Ya no hay dorados salones
En alcázares reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;
Ya no hay mugeres morenas
En lechos de terciopelo
Prometidas en un cielo,
Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color
Presten al aire armonía,
Mientras en baño de olores
Dormita soñando amores
El opulento señor.

No hay una edad de placeres,
Como fué la edad moruna:
Igual á aquella ninguna,
Porque no puede haber dos;
Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
En cien góticos pilares,
Y cruces en los altares,
Y una santa religion.
Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios su plegaria
A la llama solitaria
De la fé del corazón.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazón del hombre,
Y él adora en un árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.

El sol alumbrá las horas
Y el reló los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y rie y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóble un reló marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
Algún espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente
Asoma la calma frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso sér,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer.

Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reló dando las horas
Que no habrán mas de volver;
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo — « ¡nunca! ,
¡Nunca! , ¡nunca! » — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

LA LUNA DE ENERO.

El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.

La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de hielo.

Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas deshojadas
Al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,

Hasta la mismá amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura;
Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ¡Luna!
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan estrema,
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre queama.

¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!
Como aquellas ¡no hay alguna!
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.

A UNA MUGER.

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana
Pintaba de tu ventana
El trasparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiseñor;
Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo día
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Y en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesanas de la luna.

Que la noche en recompensa
Callando los vendabales
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Después del día mas triste
De la estacion mas ingrata!

Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cual con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,
Lanzando un grito violento
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las veletas.

Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque mas la temamos
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusion
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,
Plata los pliegues del río,
Lluvia de ámbar el rocío,
Nácar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,
Como flas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar!

Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardín fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda te mece,
Tu aroma se desvanece...

¿Quién demandará por tí?
Ángel mío, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un día
No compres, no, tu tormento:
El cielo es solo; alma mía!
De los ángeles mansion.

Hoy es tarde...! eres muger!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.
Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto...
Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!

Lívida está tu mejilla;
En desórden tus cabellos...
Muger, mal prendida en ellos
Olvidada una flor brilla.
Anoche en vez de oración,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrilega maldición.

Que en el cristal transparente
Contemplastes aterrada
Del negro crimen grabada
La marca infame en la frente.
Que mal sujeta á tus flores
Entre tus gasas y lazos,
Rasgando van á pedazos
Tu hermosura los dolores.

¡Ay! inútilmente lloras
El desvanecido encanto,
Entre las ondas del llanto
No vuelven, muger, las horas.
Dióte el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Idolo de los galanes,
Envidia de las mugeres;

Y á la luz saliste ufana
Con tu hermosura ¡oh muger!
Sin acordarte de ayer,
Y sin pensar en mañana!

¡Ay! en la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano.
Y los vicios nos destruyen,
Y nos matan ¡oh muger!
Tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera...
Porqué vendiste tu amor
A precio infame,
Has querido vil ramera
Que á tus puertas el dolor
Mas presto llame.

.....
Tal vez lúbrico magnate
Te inundó por un placer
De oro y cariño,
Y mientras su rev combate

El te cobija, muger,
Bajo su armiño.
Tal vez coronada frente
Descansó en tu impuro pecho
Tu amor comprando,
Y hoy el mendigo indigente
Te negará el pobre lecho
Tu frente hollando,

Pasaron, niña, los días,
Con ellos las ilusiones
Infantiles,
Con ellos vienen impías
Las tormentas y aquilones
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura,
Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores
Gala, placer y hermosura
Hunden los años.

—
¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oración;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fátidico y doliente
Se plegó entre las flores del jardín,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festín.
Y en oculto elegante gabinete
Brusco y agudo penetró también,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido...
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL.

—
Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.
Diera la lanza mejor
Del Zenete mas bizarro,
Y con su fresco verdor
 Toda una orilla del Darro.
Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambas de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta ginetes.

Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos...
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.

¡Oh qué hermosa nazarena
Para un haren oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunequina,
Que has de jugar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

—
Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

A VENECIA.

I.

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasfones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenía soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta, que un día imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron,
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba,
Un día su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que su amo la dió.

¡ Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,
La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por tí por quien suspira,
No, Venecia, no es por tí.

—
¿ Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡ Ay! que tus días pasaron...!
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu calda
Tus bodas al celebrar
Con la posesion perdida.
Llora, Venecia, sí, llora,
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines;
Olvidale, noble dama,
Entre danzas y festines.

—
Tu patrono ha encanecido,
Tu rauda leon no vuela,
Sobre sus garras dormido
Por tu grandeza no vela;
Brioso alazan herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.

—
Un capricho que pasó,
Matrona opulenta, fuiste;

Tu príncipe te olvidó;
Hermosa, ya envejeciste
Y tu tez se marchitó;
¡ No pienses, Venecia, no,
En lo que fuiste!

II.

¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida:
Reir, hasta que seca la garganta
Niega paso á la voz enronquecida;
Cantar, hasta que el alba se levanta,
Que yace en el Adriático dormida.
¡ Opulenta Venecia, rie y canta!
Rie y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el áureo manto,
Risa y juego, y festines, y cantares...
Rueden las horas del dolor en tanto.

—
Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festin.
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.

—
Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;
Melancólica armonía
Que en la bóveda del templo
Vibra al espirar el día,
Y es un canto sepulcral.

—
Porque, pese á tus placeres,
A tu pompa y tu hermosura,
Hoy, Venecia, solo eres
Una memoria de ayer,
Un sepulcro cincelado
Entre flores y perfumes,
Donde yace abandonado
Tu carcomido poder.

—
Un velo blanco de lino
De una virgen desgraciada,
Ofrenda al verbo divino
Suspendida en un altar;
Barro inmundo en que grabaron,
Con mano desesperada,
El nombre que te legaron
Tantos siglos al pasar.

—
Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festin espléndido y brillante,
Duerme el pasado, el porvenir se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

I.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

—
Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al día
Desata rios, fuentes y cascadas.

—
Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

—
Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

—
Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

—
Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

—
Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

—
Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

—
El solo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
El solo melancólico la mira
Como en sus pliegues su esperanza lleva.

—
Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.

—
Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar... y sus dolores
Rodar también para volver con ellas!

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazón acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

—
No sabes cómo se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

—
Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana... hay que llorar,
Si nos ama una muger.

—
Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasión,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazón.

—
Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno
Donde estuvo un paraíso.

—
¡ Amar y no ser amado!
¡ Sentir y no consentir!
¡ Morir viviendo olvidado!
¡ Ay! ¡ morir de enamorado
Y no poderlo decir!

—
Bullir en el pensamiento
El bello sér de otro sér...
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una muger!

—
Sí, mis oídos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron...
Mis oídos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

—
Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldición del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

—
La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena
«Canta,» me dijo, y la vision flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;

En una arpa los floremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraíso.

A DON JACINTO
DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su misión de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida
Blanca flor, que del tallo desprendida
Arrastra por el suelo el huracán.

Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envía
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiración su alma,
Por eso el corazón de triste duelo
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una canción inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío,
Tú que á remotos climas has llevado
En noble y melancólico cantar;

Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente

De su hijo más pequeño,
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra:
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para tí.

Hasta que espiren los revueltos días
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías,
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu raudo vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansión
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

— «Hay una flor que embalsama
«El ambiente de la vida,
«Y su fragancia perdida
«Tan solo no se derrama
«En tu alma dolorida.» —

Es un privilegio impío
Mirar el placer ajeno
En su loco desvarío,
Y en el corazón vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez trasparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse él de tu afán,
Sin adivinarle ella.

¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin más que una maldición
Escrita en el pensamiento!
De su sentencia mortal
Con un día y otro día,

Llenando el cupo fatal,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

A.

Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres.

Y tiene luz el cielo trasparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

.
.
.

¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira
Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiración,
Si es de tierra el corazón
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre
Y ve su miseria en calma:
¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel
Que de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.

Más yo vi el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba,
Si érase un hombre dormía.

Vi un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo le plugo,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban
Sobre fétetro asqueroso,
Y con cántico medroso
Sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mugeres
De sus ojos olvidados.

«Vivamos hoy,» se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal
Vi la sombra del poeta,
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiereza
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes
Ulloso triunfador,

Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.

Oye, sublime cantor,
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á ignoble tumba
A dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;
Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un día
Quise volar á la altura.
Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará
Entre el césped brotará
De mi sepulcro en la orilla.
¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?
¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.
¡Ay! ¡pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo este á una muger
Que entre sus brazos lloraba:
— Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Eden para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,

Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza;
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
Estiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mio.

Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pié del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,
Que desiertos mis salones
Está mi haren sin mugeres,
Mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;

Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios... amor! —

— ¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,
A mi padre y á mi patria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada. —

Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:

— Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas, en Leon,
Y tú diste tus amores

A alguno de tus guerreros,
Hourí del Eden, no llores,
Vete con tus caballeros. —

Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.

LA MEDITACION.

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:

Y se despierte del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
O trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz!

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace medrosa huir.

La funeral sonrisa me saluda
Del solo sér que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio
Entre los pliegues del viento!

¡Por qué una imagen mundana
Viene á manchar mi oración?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldición.

¡Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello.

Con esa tez trasparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
O al pié de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caída encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

—
Cuando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio
Entre los pliegues del viento!

A LA ESTATUA DE CERVANTES.

—
Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

I.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrara un compañero
Al pié del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,